

Otra vez estoy aquí con mis recuerdos de antaño. Tenía la esperanza de que en este intervalo de tiempo que ha transcurrido desde mi primer escrito, se sumarían a esta sección “Lobera visto por...”, otras personas que en un tiempo más o menos lejano vivieron o visitaron aquel bonito lugar. Pero no ha sido así. Quizá no se hayan percatado de la apertura de esta nueva ventana. Acaso piensen que sus recuerdos no van a tener el más mínimo interés para los demás por aquello de que aquel era un mundo y éste de hoy es otro muy distinto. Tal vez teman que el lector pueda interpretar, como simples nimiedades sin sentido, recuerdos que para ellos representan un verdadero tesoro. Esas dudas nos asaltan a todos. Tenemos miedo a hacer el ridículo. Pero si nos dejamos dominar por esa forma de pensar, nuestras vivencias se ahogarán sin remisión en lo más profundo de nuestro ser, desapareciendo de nuestra mente por cese de negocio. Por mi parte, no pienso desperdiciar la ocasión que desde su excelente página web me brinda Pascual Plano, a quien tuve el honor de contar entre mis alumnos de Lobera. Es más, invito desde aquí a quienes coincidimos en aquel lugar, y a tantos otros anteriores y posteriores a nuestra estancia, a que compartan con nosotros las impresiones que guardan de Lobera de Onsella. Como he dicho, pensarán que lo suyo es insignificante, que no vale la pena, pero hay que recordar que nuestro currículo vital, nuestra historia personal, está compuesta por una serie encadenada de pequeñas vivencias, a veces imperceptibles, que concurren en nuestra personalidad.

Después de esta perorata, más propia de un predicador que de un maestro de escuela, voy a dedicar este capítulo a la familia Molinero, que con su buena acogida y agradable convivencia, consiguió atenuar en mí la añoranza que en un principio sentía hacia mi familia numerosa, aquella en la que me crié y en la que transcurrieron los primeros veinticinco años de mi vida.

A diferencia de lo que ocurre hoy día, en que los maestros o profesores van y vienen cada día a su lugar de trabajo, aunque éste se encuentre en el otro extremo de la provincia, en aquella época existían unas normas que obligaban a los maestros a vivir en la localidad donde se encontraba su escuela, o en su entorno, de modo que la distancia desde su domicilio al lugar de trabajo no podía sobrepasar un determinado número de kilómetros. Esto tenía su lógica, ya que hubiera sido difícil vivir lejos del destino en unos tiempos en el que los medios de transporte eran escasos. Por tanto, estas circunstancias obligaban a los maestros, y demás funcionarios, a alojarse en una pensión o casa particular, como me ocurrió a mí en Lobera de Onsella.

En esta ocasión estaba ya todo pactado de antemano. Del mismo modo que había ocurrido con los compañeros que nos precedieron, el maestro se hospedaría en casa Molinero, mientras que las dos maestras lo harían en casa del Herrero, que se encontraba en la calle de San Juan. Desde el principio me extrañó aquella separación de sexos, pero no tuve más remedio

que acatarla. Si con ello se pretendía evitar cualquier maledicencia que pudiera dañar la imagen de los maestros ante el pueblo, bienvenida sea esa solución discriminatoria. Los alumnos también sufrían eso que ahora llamaríamos trauma, al estar separados en clase de chicos y clase de chicas, y no se quejaban. Por el contrario, ese hecho hacía que las mañanas de los sábados resultaran muy emocionantes para ellos, cuando los chicos acudían a la clase de las chicas para recibir la instrucción religiosa impartida por mosén Fermín. Más de uno se miraba al espejo antes de pasar.



El caso es que, llegado el momento de dar comienzo al curso escolar, allá que me encaminé de nuevo con mis bártulos, pero en esta ocasión más confiado y tranquilo porque conocía cómo era mi lugar de destino. Me presenté en casa Molinero y, desde el primer instante, todo fue de mi agrado. Era una casa de labradores como aquella en la que me había criado allá en mi pueblo. Como supongo que se habrán realizado en ella algunas reformas, tanto en el exterior como en el interior, voy a describirla tal como era en los años sesenta. En la fachada de piedra, entonces encalada, había muestras evidentes de su antigüedad. Una amplia puerta

daba acceso a la entrada, que tenía el suelo enlosado. A ambos lados se encontraban las cuadras, y al frente, la escalera que llevaba al primer piso. La cocina era espaciosa y acogedora, ya que en realidad formaba una sola pieza con el comedor. Con el fuego siempre encendido y los bancos a su alrededor, era el sitio ideal para la tertulia y la reunión familiar. Para llegar a mi dormitorio, que se encontraba en el mejor lugar de la casa, había que atravesar una salita-recibidor muy bien amueblada. La habitación estaba orientada hacia el sur y, por tanto, bien iluminada y con buena visibilidad hacia los campos y las montañas de enfrente. En la foto, es el balcón que aparece en la parte más alejada de la fachada. Desde allí podía controlar el tránsito por la calle Bradinal y hasta la llegada y salida del coche de línea. Como puede observarse, es una casa con una fachada impresionante, con la piedra muy trabajada, especialmente en las esquinas, y embellecida con macetas de flores y plantas, tanto en los balcones y ventanas, como a pie de calle.



Pero con ser todo ello muy agradable, lo mejor de casa Molinero eran las personas. La dueña de la casa, la Sra. Elena, hacía poco tiempo que había enviudado, cosa que sobrellevaba con mucha resignación y entereza, rodeada en todo momento por un ramillete de hijos estupendos, que se desvivían por apoyarla en todo. Tenía un carácter muy estable. Hablaba con suavidad, sin alzar la voz, pero no por ello carente de la autoridad necesaria. Hay que pensar que sus hijos varones, excepto Manuel, eran todavía demasiado jóvenes para ponerse al frente de las tareas del campo. La situación no era fácil, pero ella, con la ayuda incondicional de sus hijos, supo sacar la casa adelante con desahogo.



En cuanto a los hijos, no tengo claro cuál es el orden exacto de nacimientos, pero voy a comenzar por Mercedes. No recuerdo ahora cuál era el motivo, pero solía estar poco por casa. Acostumbraba a dar una vuelta cada día para ver a su madre y a sus hermanos, y nada más. Cuando llegaba, llamaba desde abajo, subía eufórica por las escaleras y hablaba de todo con todos a la vez, sembrando el optimismo en la familia. Recuerdo muy bien el día de su boda, celebrada en el castillo de Javier, a la que asistimos mi añorada esposa María Ángeles y yo, como consta en una de las fotos del álbum de Lobera.

Marisa, la maestra, apenas tuve ocasión de conocerla en una visita que hizo a Lobera con motivo de alguna celebración. Creo recordar que estaba ejerciendo en Echarri Aranaz, Navarra. Me pareció una chica simpática, agradable y llena de energía, como correspondía a su edad. No dispongo de ninguna foto de ella.



Me atrevería a decir que Manuel fue quien más notó la ausencia de su padre. Desde el primer momento comprendió que tenía la obligación de ocupar el gran vacío que había dejado en la casa. Presentaba una madurez y una sensatez muy por encima de la edad que tenía. Sabía que había caído sobre él la gran responsabilidad de atender los trabajos agrícolas de la casa, y a ello se dedicaba con la mayor seriedad. Cada noche, mientras cenábamos, o después, comentaba con su madre, y los demás miembros de la familia, la marcha de los trabajos del campo y las tareas que precisaban de más urgente atención. Había tomado el relevo de su padre y para su madre aquello significaba un gran alivio. Aparejaba las caballerías, marchaba a trabajar, labraba la tierra y volvía por la noche con los animales cargados. Aunque era muy joven todavía, actuaba con la experiencia de una persona mayor. Incluso en el trato familiar, sus indicaciones y consejos eran tenidos en consideración como si del cabeza de familia se tratara. Cuando hablaba de las cosas de la casa lo hacía con seriedad y sopesando cada decisión.

